

que este método es idéntico á los que hemos visto descritos al tratar de la hechicería en Europa.

Pasando de esta forma simple de magia á aquella en que se ponen en juego los agentes sobrenaturales, encontramos interesantísimos puntos que resolver. ¿Qué relacion hay entre las dos? ¿La segunda proviene de la primera? Razones hay para creerlo. Si recordamos la leve diferencia que existe para el hombre primitivo entre lo viviente y lo muerto, podemos comprender como puede pensar que se obre indistintamente sobre los dos. Si la posesion de una parte de un sér viviente produce un poder sobre lo viviente, la posesion de una parte de un muerto ¿no dará tambien poder sobre lo muerto? Ya hemos visto que segun las creencias de ciertos pueblos, los nuestros tienen absoluta necesidad de todas sus partes. Hemos visto asimismo que los Mejicanos ponian cuidado en depositar los huesos de los muertos en lugares donde ellos pudieran fácilmente encontrarlos en el momento de su resurreccion, y que con el mismo objeto los Peruanos conservaban en su mismo sitio sus cabellos y uñas. Segun Bastian, sucede lo propio entre los negros del interior del Adrah, y atribuyen la misma causa á su costumbre. ¿No es preciso admitir, pues, que, fundándose en estas costumbres puede decirse que existe la creencia que el que puede tomar posesion de sus reliquias adquiere un poder sobre el muerto al cual pertenecen igual al que habia adquirido sobre la misma persona si estuviera viva? Admitid este punto y la significacion de los encantamientos aparece clara. Por lo comun sirven del fuego; de ordinario las cosas quemadas ó hervidas son fragmentos de cosas muertas pertenecientes á animales ó á hombres, pero sobre todo á estos últimos. Dice Arriaga que entre los antiguos Peruanos un hechicero «dejaba estupefactos á todos los habitantes de una casa por medio de ciertos polvos fabricados con huesos pulverizados de los muertos.» En los tiempos primitivos, sucedia que habia peligro en «dejar los cuerpos sin guardia; temíase que los hechiceros los mutilaran al objeto de sacar los ingredientes más propios para la fabricacion de sus hechizos.» En un principio fueron partes del hombre muerto los elementos principales de que se servian, y como éstas, por lo general, son repugnantes, dedújose que las cosas más repugnantes eran en general las más propias para dar fuerza al «hervor infernal.» Partiendo de la idea de que se puede ejercer una presion sobre el muerto al igual que sobre cualquiera cosa que le pertenezca, vése que aparte de la distincion de los espíritus en diversos órdenes de genios y de demonios, hay que distinguir tambien los hechizos de los encantamientos. Si se tenia que conjurar almas de animales ó de hombres metamorfoseados, se podía recurrir á las eficaces

mezclas de «ojos de lagartos pequeños y patas de rana, etc.,» que la hechicera echaba en su caldero (1).

El pretendido poder de los nombres es para nosotros una nueva razon para suponer que existe una relacion de esta índole entre los artificios de la nigromancia y las ideas del salvaje. La idea primitiva de la cual un nombre posee una virtud intrínseca, y la idea que se deriva de que se excite á los muertos llamándoles por sus nombres y que se pueda ofenderles, esta idea da origen á la de que la nigromancia se hace por medio de la invocacion. Por todas partes, desde la leyenda hebraica de Samuel, en la cual la sombra pregunta el por qué se va á turbar su reposo, hasta la saga de Islandia, donde se ven los espíritus reunidos responder nominalmente á la invocacion, en todo ello encontramos la prueba de que se suponía que la posesion del nombre daba sobre el muerto un poder semejante al que se creia que daba sobre el vivo. La forma mágica: «¡Sesamo, ábrete!» de las *Mil y una noches*, supone que el conocimiento de un nombre da poder, y el adagio, aun en uso, bien que ahora no se

(1) Este párrafo estaba en prensa cuando he encontrado la comprobacion patente de la conclusion que del mismo resulta. Dije á Mr. Bancroft en una carta de gracias que le escribí despues de la recepcion del primer tomo de sus *Natives Races of the Pacific States*, que me prometia sacar gran partido para mis trabajos personales de su laboriosa compilacion. Mr. Braucoft fué demasiado atento enviándome con tal motivo las pruebas de la mayor parte de los tomos siguientes. Entre las del tercer volumen se halla (página 147) descrita la iniciacion de un *shaman* entre los Thlinkits, quien se marcha al bosque y no se mantiene por espacio de algunas semanas más que de raíces de *panax hadisum*; esperando que el «Jefe de los espíritus» (que es un *shaman* antepasado) le envíe «una nutria de agua dulce, en cuya lengua se supone que se encuentran encerrados todo el poder y todo el secreto del shamanismo... Pero si los espíritus no van á visitar al aspirante á *shaman*, ni le dan la ocasion de que pueda hacerse con una nutria, el neófito se marcha á la tumba de un *shaman* muerto y vela con respeto durante muchas noches, teniendo en su boca un dedo ó uno de los dientes del muerto; cuya práctica tiene gran poder para obligar á los espíritus al envio de la indispensable nutria.»

Conocien lo este caso, mejor que antes, puedo señalar el hecho que explica los amuletos. Sin duda no se utilizan exclusivamente partes de hombres ó animales muertos para compenar los encantamientos; pero sin embargo, se hace uso de ellos habitualmente. Por aplicacion de la idea que hemos expuesto más arriba, se admitia que estas porciones dieran al que resultare poseedor alguna facultad que pertenecia al muerto ó algun poder sobre él ó ambas cosas é la vez. El medio que emplea la hechicería como instrumento coercitivo, cuando es un talisman, pasa como un medio de asegurar los buenos oficios del espíritu ó una proteccion contra él. La costumbre comun entre los salvajes de llevar huesos de parientes muertos, ha de tener probablemente la misma significacion; y tanto es así, que hemos visto que los balleneros Koniagas la demostraban llevando á guisa de talismanes pequeños pedazos de carne de sus compañeros difuntos. Esta idea queda tambien evidentemente comprobada en el hecho que nos ha contado Beecham, tratándose de un soberano Achanti, quien llevaba en las batallas á manera de talisman, la cabeza de su predecesor. Los Neo-Caledonianos conservan «como talismanes los uñas y los dientes de los muertos,» lo cual indica la misma idea. Los pueblos expuestos á las furias de los animales feroces hacen uso á menudo de amuletos formados de porciones de animales que se pueden conservar. Anderson dice que los amuletos de los Damaras son generalmente «dientes de hienas, de leones, entrañas de los mismos, etc.» Luego dice que los amuletos de los Namaqueses se componen por lo general «de dientes ó garras de leones, hienas y otras fieras, de pedazos de madera, de hueso, de comidas ó grasas desechadas, de raíces de plantas, etc.» Asimismo Boyle describe de la manera siguiente los sortilegios de que se sirve el hechicero dayak: algunos dientes de alligatos y de osos, caninos de jabali, astillas de cuernos del ciervo, nudos de hilos de color, garras de animales, y en fin, pequeños fragmentos de artículos de Europa. No hay duda que el primer lugar pertenece á las partes de animales que pueden conservarse. En otra parte se nos da la razon de la existencia de estas prácticas. Spix y Martins, enumerando los amuletos del Indio del Brasil, hablan de «los dientes y ojos de onzas y monos,» y dicen «que el Indio cree que sus amuletos tienen, entre otras ventajas, la de protegerles contra los ataques de las bestias feroces.»

emplea más que en tono zumbon, que dice: «cuando del diablo se habla en seguida aparece,» es un testimonio del pretendido efecto que produce el llamar una cosa por su nombre.

Sin detenernos en las interpretaciones especiales, salta á la vista la interpretación general. La teoría espiritista primitiva que no implica más que leves diferencias entre los muertos y los vivos, presta su apoyo á la idea de que se puede obrar sobre el muerto con artificios semejantes á los que se emplean con los vivos; de donde resulta que esta especie de magia es en su primera forma un llamamiento á los muertos, al objeto de inquirir de ellos noticias como la bruja de Endor, que evoca la sombra de Samuel, y en último caso un llamamiento á los demonios para implorarles su auxilio para el mal.

Del exorcismo y de la hechicería se pasa insensiblemente al milagro. La diferencia que los distingue se circunscribe ménos á la naturaleza de los efectos producidos que al carácter de los agentes que los producen. Si los resultados maravillosos son producidos por un sér sobrenatural contrario á los que observan estos efectos, pertenecen á la hechicería; pero si se les achaca á un sér sobrenatural amigo, tales resultados son milagros.

Tal es la relacion que existe entre la hechicería y el milagro; la lucha empeñada entre los sacerdotes hebreos y los mágicos de Egipto lo prueba. A los ojos de Faraon, Aaron era un encantador que operaba con la anuencia de un espíritu hostil al rey: los sacerdotes de Egipto al contrario, lo hacian con el concurso de sus dioses favoritos. Pero, bajo el punto de vista de los Israelitas, las obras de sus propios jefes eran divinas y las de sus antagonistas diabólicas. Por lo tanto, todos concordaban en punto á creer que era necesario someterse al agente sobrenatural más poderoso.

Cada dia ocurren en el Asia meridional pretendidos milagros de otro orden que tienen la misma importancia que los pretendidos milagros de los antiguos, que vamos á referir. Los Bechuanas ven en los misionistas otra clase de agentes de la lluvia. Entre los Yorubans, «en cuanto un viejo labrador vé un nublado, le dice al misionista:—«Os ruego que hagais llover.» En esas regiones áridas, la lluvia es sinónima de bendicion; por esta razon vemos entablarse discusiones entre los inteligentes en lluvia «como la que tuvo lugar entre Elie y los profetas de Baal.» Se les vé tambien en el furor de la controversia sacar á relucir argumentos poderosos, y el vencido someterse á una pena. En una ocasion en que «el firmamento estaba claro y sin nube alguna, Umkquekana, doctor en lluvia, dijo:—«Que se mire el cielo á tal hora, lloverá...» En cuanto se puso

á llover, el pueblo gritó:—«Es verdad, es un doctor.»—Pero al año siguiente, que el cielo estuvo riguroso y no llovía, el pueblo lo persiguió violentamente, y se dice que fué envenenado.» Encontramos casi siempre ejemplos de esta manera de concebir el doctor en variaciones atmosféricas: por ejemplo, nos dice Canon Callaway, «es un sacerdote á quien está confiado el don de una mediacion eficaz.» Casi siempre tambien vemos que la potestad intermediaria y la potestad del agente sobrenatural sobre que obra, son ambas atestiguadas por el resultado. Así es que, en la narracion que nos hace de su cautiverio en las Indias del Brasil el antiguo viajante Hans-Hade, dice: «Dios hizo para mí un milagro.» Cuenta que á consecuencia de habérselo pedido dos salvajes, detuvo por medio de una oracion una tempestad que habia estallado y que amenazaba impedir su pesca. Es por esto que «el salvaje Paruaa decia:—«ahora veo que habeis hablado con vuestro dios;» el pagano y el cristiano, pues, están de acuerdo respecto á la misma interpretación.

La sola diferencia importante consiste en la distancia que separa el espíritu antepasado primitivo de la naturaleza señalado al agente que produce el efecto milagroso, á la instigacion del hechicero, del agente de lluvia, del profeta, del sacerdote.

Ahora vamos á tratar otra especie de fenómenos que se originan no solo de lo que acabamos de decir, si que tambien de lo que vamos á manifestar.

Los espíritus de los muertos, segun creencia primitiva, por el mero hecho de entrar en el cuerpo de los vivos, producen convulsiones, locura, enfermedad y muerte; á medida que esta creencia va desenvolviéndose, estos agentes sobrenaturales primitivos á los cuales se imputan estos males, se diferencian en agentes sobrenaturales de diversas clases y de diversos poderes. Más arriba hemos examinado ciertas creencias referentes á esta teoría de la posesion. Al lado de la creencia de una posesion malhechora, fórmase una creencia de posesion bienhechora, que se implora bajo las formas de fuerza de inspiracion y de saber sobrenaturales. Aparte de la idea de que si los espíritus malignos que pueden entrar es posible expulsarlos, resulta el exorcismo. Por consiguiente, como consecuencia de la idea afirmativa de que es posible expulsar los demonios, viene la de que es posible dominarlos de otra manera; por ejemplo, el hombre puede llamar á alguien en su auxilio: de aquí producen los encantamientos y milagros.

Pero si los espíritus de los muertos ó de los agentes sobrenaturales derivados y conocidos bajo otros nombres, pueden causar males á los hombres que

aborrecen, ó asistir y proteger á los hombres que aman, ¿no sería una gran idea procurarse la seguridad de su buena voluntad? Al efecto se presentan varias líneas políticas. Supuesto que estas almas ó espíritus se parecen á los hombres por la percepción y la inteligencia, y tal es la creencia primitiva, claro está que se puede escapar de ellas y engañarlas. O bien, como en los métodos que hemos recordado, se les puede tratar como enemigos, se pueden expulsar y despreciarlas. Al contrario, puede adoptarse otra marcha, apaciguarlas si están irritadas, y complacerlas si son benévolas.

Este último modo de ver es el camino que nos lleva á las prácticas religiosas en general: detengámonos, pues, ahora en su estudio. Nosotros veremos que el agregado total de ideas y de prácticas que constituyen un culto, tiene el mismo origen que el agregado de ideas y prácticas ya descritas, pero del cual va separándose paulatinamente.

LUGARES SAGRADOS, TEMPLOS, ALTARES, SACRIFICIOS, AYUNOS, PROPICIACION, ALABANZAS, ORACION, ETC.

Véanse á menudo en las lápidas funerarias inscripciones que empiezan con estas palabras: «Dedicado á la memoria de...» El carácter sagrado que se atribuye á una tumba, se extiende á todo lo que está ó ha estado íntimamente ligado con el difunto. Para entrar en la habitación donde reposa el cuerpo, se hace el menor ruido posible; no se habla más que en voz baja; se atestigua por una sumisa actitud un sentimiento que si bien puede variar en cuanto á otros elementos, hállase fijo siempre el del respeto.

Este sentimiento que una muerte nos trae consigo y que lo origina también el lugar que ocupa y los objetos que le pertenecen, difiere sin duda alguna en parte del del hombre primitivo, pero en su fondo es el mismo. Cuando se nos dice que los salvajes en general, los Dacotahs por ejemplo, «profesan un profundo respeto á los muertos,» y que muchas tribus al igual que los Hotentotes, por cuanto creen que los espíritus de los muertos frecuentan los lugares de su fallecimiento, «dejan en pié las chozas donde han muerto las personas,» con todo lo que ellas contienen, sin tocar nada, reconocemos que el temor es uno de los principales elementos del dolor. La repugnancia con que vemos á nuestro alrededor alejarse ciertas personas de una habitación en la cual ha muerto alguien, así como la aversión que impide á otros el pasar por un cementerio

durante la noche, provienen en parte de un temor vago. Este sentimiento da color á todas las ideas que el recuerdo del muerto puede despertar y es común á todos los pueblos salvajes ó civilizados.

Como quiera que sea, los numerosos hechos prueban que el lugar donde están depositados los muertos excita en el salvaje una emoción de temor, parecido á la de respeto y que toma carácter sagrado. Mariner dice que en las Islas Tonga los camposantos que contienen á los principales jefes son considerados sagrados. Angas escribe que cuando se entierra un jefe neo-zelandés en una villa, toda la villa entera se vuelve inmediatamente *tabu*: nadie, so pena de muerte, puede acercarse á ella. Los Tahitianos, según Cook, jamás habitan la casa donde ha ocurrido una defunción; esta casa y todo cuanto á ella pertenece es *tabu*. Los Neo-Zelandeses dejan alimentos para los muertos colocados en «calabazas sagradas.» En Aniteyum, donde está establecido «un culto á los espíritus de los antepasados,» llaman «sagrado castillo» á aquellos en donde depositan á su intención ofrendas alimenticias. En fin, «los Achantis veneran como sagrada la ciudad Bantana, porque contiene la casa del fetiche que no es más que el mausoleo de los reyes de Achanti.»

Lo que debemos aquí especialmente señalar es que el respeto inspirado por el muerto proviene de un sentimiento análogo que el que inspiran los lugares y las cosas dedicadas á los usos religiosos. La paridad de estos dos sentimientos la experimentamos cuando leemos ciertos pasajes de Cook referentes á los habitantes de las islas Sandwich, en donde vemos que el *mores* parece ser su panteón así como también su cementerio; lo mismo que otros donde dice que los *mores* ó campos fúnebres de los Tahitianos son también lugares de veneración. Pero notaremos mejor esta relación remontándonos al génesis de los templos y altares.

Bailey nos enseña que entre los Veddahs trogloditas, hasta una época no muy lejana de la nuestra, se dejaba el muerto en el mismo sitio donde había expirado; los sobrevivientes cambiaban de caverna y dejaban al espíritu del difunto donde había ocurrido el fallecimiento. Schweinfurth presenta un hecho del cual hemos ya hablado á propósito de otra creencia. Nos dice que los Bongos no podían entrar en ciertas cavernas porque pretendían que las frecuentaban espíritus de fugitivos que habían muerto. En otra parte nos dice Livingstone que «nadie osaba entrar en el Lohaheng ó caverna, pues se creía por la generalidad que era la habitación de la divinidad.» Recordemos que los hombres primitivos vivían en cavernas y que asimismo en ellas enterraban sus